



Sin embargo, jugando a la paradoja y —como otras tantas veces— no dando concepto claro, sino vacilante y dudoso, Ortega sigue los pasos románticos —hecho muy propio de bastantes corifeos del 98— en su juicio desvalorativo; unas veces abunda en las ideas de Gautier y Bretón, envueltas en maravillosa descripción lírica —en lo único que era maestro indudable—; digamos también que no es original, pues estas ideas ya habrían sido expuestas por Karl Justi y criticadas por Unamuno:

Sobre el paisaje de El Escorial, el Monasterio es solamente la piedra máxima que destaca entre las moles circundantes por la mayor fijeza y pulimento de sus aristas. En estos días de primavera hay una hora en que el sol, como una ampolla de oro, se quiebra contra los picachos de la sierra, y una luz blanda, coloreada de azul, de violeta, de carmín, se derrama por las laderas y por el valle, fundiendo suavemente todos los perfiles. Entonces la piedra edificada burla las intenciones del constructor y, obedeciendo a un instinto más poderoso, va a confundirse con las canteras maternas. El cielo transfigura El Escorial hasta el punto de parecernos un pedernal gigantesco que espera el choque.

... El Monasterio del Escorial es un esfuerzo sin nombre, sin dedicatoria, sin trascendencia.

... La mole adusta de San Lorenzo expresa acaso nuestra penuria de ideas, pero a la vez, nuestra exuberancia de ímpetus.

En otras ocasiones parece entonar una loa, para bien pronto morderse la cola, como las pescadillas, y formar un círculo vicioso y paradójico:

... nuestra gran piedra lírica... que enseña la única receta para vivir: el combate.

El Monasterio es un sepulcro inmenso, sobre el cual este cielo de abril parece el escenario dispuesto a una resurrección.

Más español en cultura y admiración por su Patria, en comprensión; más inteligente, más filósofo, don Miguel de Unamuno, a lo largo de su vida, contempló, cantó, admiró y recreó El Escorial:

... mi vista descansaba en las líneas puras y severísimas del Monasterio del Escorial; en aquella imponente masa, todo proporción y todo grandeza sin afanosidad.

Habiendo pasado tantas y tan largas temporadas en Madrid, jamás se había llegado antes a esa llamada octava maravilla, a ese Monasterio que:

No debería haber español alguno españolizante —esto es, dotado de conciencia histórica de su españolidad— que no visitase alguna vez en su vida, como los piadosos musulmanes, la Meca, y ello, aparte de sus ideas, ya sea para bendecirlo, ya para execrarlo.

Pues lo cierto es que apenas hay quien se llegue a visitar El Escorial con ánimo desprevenido y sereno, a recibir la impresión de una obra de arte, a gozar con el goce más refinado y más raro, cual es el de la contemplación del desnudo arquitectónico. Casi todos los que a ver El Escorial se llegan, van con antojeras, con prejuicios políticos o religiosos, ya en un sentido, ya en el contrario; van, más que como peregrinos del arte, como progresistas o como tradicionalistas, como católicos o como librepensadores.

Aunque de paso, en alguna ocasión, jugó Unamuno a la paradoja, para contraponer la amplitud alcalina a la serranía escurialense:

Sobre El Escorial adusto se cierne la sombra adusta del gran Felipe...

Sin embargo, la impresión de aquella visita del Viernes Santo de 1912 le caló tan hondo y fué tan «hervorosa» su admiración que, en 1928-9, las trasplanta a su poesía y tiene tres composiciones llenas de belleza y armonía.

Desde Creus al Finisterre, — del Peñón a Machichaco, hay una cruz que mantiene — parrillas de sierras, blanco, de un duro sol de justicia, — y en el corazón del campo del Escorial la parrilla; — San Lorenzo socarrado que ampara regia carroña — con sus brazos descarnados.

(17-IX-28.)

1159

¡Ay, Escorial!, las historias,
glorias, victorias, escorias,
¿qué se hicieron?
Que tu escorial ya no arde,
que hace frío y hace tarde,
se perdieron...

¡Ay, Escorial! ¡Ay, la Armada
de secano!, se hizo nada,
se hizo sueño:
y comido de gusanos
la cruz, cetro, entre las manos,
¡ay tu dueño!

(4-VI-29.)

454

Arropa a Felipe, granítica
mortaja, Escorial; rompe el alba;
los niños de coro saludan
con salmos a Dios; el monarca
despierta del sueño perdido
la vida, y entrégase su alma
perdida, al imperio sin lindes.

Al ir a zarpar ve la Armada
quebrarse en las costas del cielo;
su España, la grande, naufraga,
y en rocas de Gredos expira
nostálgica el águila austríaca.

(17-X-28.)

En el año 1914, y con motivo de los juegos florales de San Lorenzo del Escorial, en los que fué mantenedor don Jacinto Benavente, obtuvo el primer premio Manuel de Sandoval con su poema *El Escorial*, que impreso en grandes caracteres se ofrece al público en el zaguán de la escalera de la Biblioteca escurialense. Son de lo más bello y perfectamente descriptivo que hemos leído:

EL ESCORIAL

La sobria inspiración de Juan de Herrera se unió a la voluntad del Rey Prudente, prestando al Arte, que hasta entonces era grácil, mundano, espléndido y riente, triste expresión y majestad severa.

Y surgió El Escorial; su mole ingente, que es monte de otro monte desprendido, cegando el cráter del volcán rugiente que hervía en la conciencia y en la mente, ahogó su fuego y apagó su ruido.

Nada rompe tu clásica armonía,
ni tu impecable corrección altera,
ni turba tu uniforme simetría:
dura, inflexible, rígida y austera,



«Pasé por El Escorial, edificio que muestra la grandeza del Monarca que lo hacía (porque aún no estaba acabado), tal que se puede contar entre las maravillas del Mundo, aunque no se dirá de que la amenidad del sitio ha convidado a edificarlo allí, por ser la tierra muy estéril y montañosa.»

(H. de Luna: Segunda parte de «El Lazarillo de Tormes».)

Vista aérea de El Escorial.
(Foto. V. Muro.)

en el muro, en el ático, en la estría,
se tiende y se prolonga por doquiera
la línea siempre recta y siempre fría.
Y, de su propia solidez segura,
tu fábrica altanera,
que convierte su fuerza en hermosura,
ni al tiempo teme ni la muerte espera.

¡Último resto, encarnación postrera
de un siglo de colosos, que al presente
aún por nuestra miseria se agiganta!...
Al evocarle en tu presencia ahora,
parece que otra vez, digna y potente,
la España que en ti yace se incorpora,
y que al cruzar, callada y vencedora,
el mundo vocinglero y decadente,
vuelve a enseñarle, cual lección sublime,
a conocer el peso de su planta
en la huella que imprime,
no en el polvo ni el ruido que levanta.

La mujer ha cantado y penetrado el hondo sentido lírico e histórico de la Octava Maravilla, y este es el caso de Esther López Valencia :

¡Escorial, Escorial! Subyugadora
mole, ¿qué sortilegio poderoso
anida en el misterio de tus muros,
que así atraes el alma y la esclavizas?
¡Escorial, Escorial! ¡Cómo se adueñan
del corazón tu ingente pesadumbre
y el ansia de latir siempre a tu sombra!
Su tristeza fundir con tu tristeza;
ser quietud en el Patio de los Reyes;
vibración de tus bronce armoniosos;
silencia de tus claustros peregrinos...
y en el jardín, al declinar la tarde,
ser el manso rumor de aquella fuente
que canta y llora sosegadamente...

Los *Sonetos a la piedra*, de Dionisio Ridruejo, se demoran repetidas veces en torno a San Lorenzo del Escorial; de él escogemos dos de los más significativos :

AL MONASTERIO DE EL ESCORIAL

A Leonardo Catarineu

Monte ordenado en líneas de llanura,
¡oh, gigante rendido y la armonía!,
mar y bosque de piedra bajo el día,
base de cielos en la noche oscura.
¡Qué entereza! Tu carne tan madura
para la eternidad, ¡qué plana y fría!
¡Qué segura en las torres tu porfía
y qué fiel a la tierra tu armadura!
Unidad de los siglos en las formas
que desnuda el paisaje en la medida,
cuerpo de razas, que al rigor conformas.
Constancia y ambición, si grave, erguida.
¡Oh, templo de sangres y las normas!
Cumbre de muertes en eterna vida.

AL PATIO DE LOS EVANGELISTAS EN EL ESCORIAL

A Luis Felipe Vivanco

Clausura del silencio que declina
el húmedo misterio en cuatro fuentes,
cuatro estanques sin sed, cuatro obedientes
jardines donde el boj se disciplina.
Primavera interior, huerta divina,
verdes eternizados y recientes,
paz sin viento ni fruto en los presentes
eternos de la luz que se confina.

De secreta armonía vigilado
busco el alma en tu centro donde erige
su brevedad el templo del reposo.
Y mientras cesa el tiempo y el cuidado
con cuatro estatuas tu piedad dirige
el diálogo del alma y el esposo.

Jiménez Caballero y otros tantos se sienten conmovidos por la inmensa mole que la fe y poder de Felipe II supo, quiso y creó en las estribaciones de la Sierra. Y si para unos, como Jiménez Caballero, sigue siendo :

El Escorial es eso: «El Genio de España». La ecuación catolicista, universal entre Oriente y Occidente... Escorial: supremo *Estado* de la Cristiandad.

para otros, como Salinas, no es sino una masa perenne, inamovible, que para Eduardo Marquina se transforma al recibir los restos mortales de José Antonio Primo de Rivera en :

Al corazón del templo filipino,
crisol de huesos y urna del futuro,
donde se cuadra el *inmortal seguro*,
asciende en hombros desde el mar latino.

Muchos poetas contemporáneos han cantado a El Escorial —Dámaso Alonso, Carmen Conde, etcétera—, pero recogemos una composición muy próxima a nosotros, significativa por lo que tiene de admiración, que, al fin y al cabo, es la única posición moderna, imparcial, lógica y además archiespañola :

Esa desarrollada geometría
fué junto a la pirámide, y acaso
el Partenón medida fué tan sólo.

Equilibrio fugaz en claro ritmo;
no contar corazones por ventanas
o en ellas para el sueño hallar la cuenta.

No sumar con sollozos o sonrisas
ni el paso abandonar del horizonte
y hallar un infinito de la mente.

La piedra se reseca en la montaña
y se ablanda en el valle de la idea,
hinchida en la humedad del alma misma.

No os permitáis ni sombras ni misterios,
ni el romántico dolmen sensitivo
que se finge asentado sobre el aire,
junto al adiós de un derruido arco.

Se exige aquí para taller a medidas,
frente al rival paisaje de las piedras,
el atento cuidado del oído.

Cuando la mano es sólo ya salmodia
que acaricia el secreto cubicado
y da la alarma astral al mundo entero,
si resbala una línea hacia la masa
o la idea florece sin el cálculo.

El artículo de Isabel de Ambía, «Notas sobre El Escorial en varios libros», *Correo Erudito*, año II, entrega 14, páginas 113-116; una antología de Juan Comas, Madrid 1946, y una tesis doctoral sobre «Significado de El Escorial a través de la literatura española», hecha por la señorita Dolly María Lucero, y leída en marzo de 1953, dan mayores motivos de juicio y aclararán al lector muchos estadios intermedios no vistos aquí.

JOSÉ FRADEJAS LEBRERO

DISQUISICIONES SOBRE EL ANALFABETISMO

ES un hecho innegable que España siente hoy la nostalgia, la acuciante necesidad, la febril preocupación por la cultura del pueblo, singularmente nuestro Caudillo, en colaboración con sus Ministros, cual si se deseara recuperar el tiempo de más de un siglo perdido; parece darnos perfecta cuenta de que, así como nuestros antepasados tuvieron la gran tarea de ocho siglos para reconquistar la geográficamente, hasta poner la cruz de Cristo sobre la Torre de la Vela en Granada, a las actuales generaciones les corresponde la no menos difícil empresa de reconquistarla espiritualmente. Para la consecución de tan noble fin se anhela el aumento del nivel medio de nuestra capacidad cultural al mismo tiempo que el de la vida, creando grandes Centros Técnicos Superiores de Enseñanza estatales y paraestatales; la formación de Bachilleres laborales de ambos sexos, incluso con clases nocturnas, para aumentar la capacidad y adiestramiento de los trabajadores especializados en los numerosos ramos industriales y agrarios; a los pueblos se les dora gratuitamente de Bibliotecas, y se forjan mil medios conducentes al mismo fin. Sólo falta llevar este rocío bienhechor de la cultura a esos múltiples apartados rincones hurdetanos, tristes arrabales de ignorancia y miseria, más espiritual que material, con ser ésta muy grande. Estas pobres gentes, para su redención, necesitarían un plan misional intenso de enseñanza, parejo al que viene haciendo el Rvdo. Padre Barberá en su capilla rodante o camirro, para llevar la voz de Cristo a esos puntos de desolación. Pero sobre todo urge la extirpación total del analfabetismo con una Ley ordenando la obligatoriedad de enseñanza de niños y niñas normales desde los cinco a los trece o catorce años, si es que se tiene o se ha alcanzando la capacidad suficiente de escolaridad para todos ellos.

Hasta nuestro Glorioso Ejército siente esa palpitación patriótica por la enseñanza del soldado durante el tiempo que está en filas, y se esfuerza, no sólo en hacer defensores de la Nación, sino nombres conscientes, aptos para el desempeño de los deberes ciudadanos. Digo esto con noble orgullo al leer un interesante artículo en el último número de esta bellísima Revista, el cual viene a patentizar esa actividad cultural castrense: la Capitanía General de la Primera Región, por orden expresa de su Jefe Superior, Teniente General Rodrigo, viene realizando esa formación cultural en los individuos de tropa con verdadera eficacia, y para ello se emplea el cine, la televisión, visitas a los museos, colegios, industrias y a las grandes factorías, dirigidos por los Oficiales especializados de los Regimientos. Si todo ello es muy laudatorio, lo es más el celo que se pone, al objeto de que el soldado analfabeto aprenda a leer y escribir en las Escuelas regimientales antes de ser licenciado.

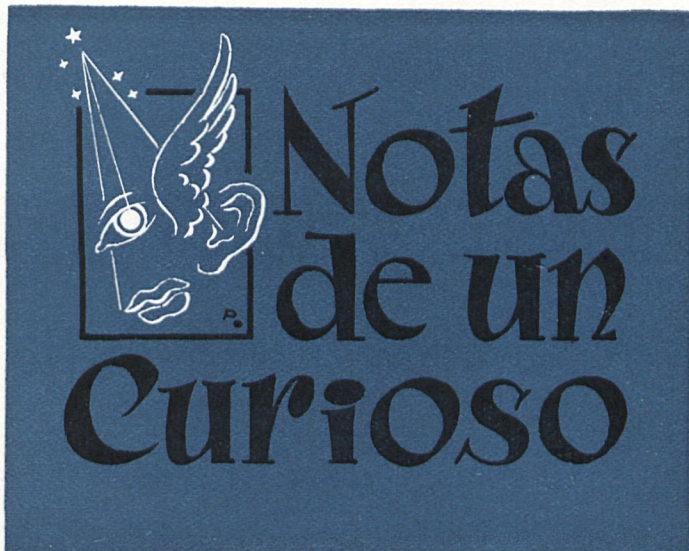
Este extraordinario interés del Teniente General Rodrigo por la acción cultural en beneficio de sus soldados trae a mi memoria un recuerdo gratísimo de otro Capitán General de la Región de Andalucía: el Infante don Carlos de Borbón, en los años que estubo mandando esa Capitanía General, en que hizo inauditos esfuerzos por extender el campo cultural en los Cuerpos y curar la lepra del analfabetismo. Por aquellos días la mencionada Región tenía un índice de iletrados de un 70 por 100; partidos como el de la Espada, en Córdoba, un 90 por 100; pueblos con un censo de 400 mujeres, y sólo una veintena de éstas sabían leer y escribir. Estas cifras fueron tomadas de la estadística de enseñanza del Ministerio de Trabajo correspondiente al año de 1910; pero en la de hace aproximadamente un lustro, el decrecimiento medio de analfabetos en las provincias más afectadas, que eran las andaluzas, extremeñas y Canarias, ha sido de un 75 por 100, observándose que en la mujer ha disminuido un 18 por 100 más que en el hombre. Por esta razón puso gran empeño en que todos sus soldados aprendiesen, y a los alumnos de las Escuelas Regimientales de analfabetos se les daban grandes premios en metálico y permisos, con el fin de estimular a los individuos para su enseñanza. Además de las recomendaciones personales del Infante a los Jefes de los Cuerpos para este fin, a instancias de Su Alteza, el Ministerio de la Guerra, en los licenciamientos, excluía de éstos a los analfabetos, al objeto de cumplir el art. 444 de la ley de Reclutamiento y Reemplazo del Ejército, entonces vigente, y se respetó durante el Gobierno de aquel patricio insigne de santa rememoración: el General don Miguel Primo de Rivera; pero al caer éste y subir al Poder el General Berenguer, el mismo Ministerio cambió de criterio, por entender que el cumplimiento de la citada Ley perjudicaba al soldado, que no tenía la culpa, y a partir de esta fecha cesa dicha exclusión del analfabeto para los efectos de licenciamiento. Me limito a narrar hechos, por no hacer sabroso comentario.

Es obvio que en los dos años que por entonces estaban en filas los individuos, eran más que suficiente para que el soldado aprendiese a leer y escribir; pero también se precisaba (era de necesidad absoluta) que el alumno tuviese el número suficiente de asistencias a la Escuela para su enseñanza, pues de lo contrario el resultado había de ser forzosamente negativo. Por esto puede asegurarse que del celo de los Jefes de los Cuerpos depende el que al volver a sus casas licenciados los individuos puedan decir con intensa alegría a sus padres que el Ejército, entre otras muchas cosas, les había enseñado a leer y a escribir.

La experiencia que me han dado los seis años que voluntariamente estuve encargado de la Escuela de Analfabetos del Regimiento de Sanidad Militar de guarnición en Sevilla, con un solo soldado de cuota de auxiliar, me autoriza para hablar con conocimiento suficiente en esta materia, y puedo asegurar que el más torpe de mis alumnos, en los catorce meses, sabía las cuatro reglas aritméticas, lectura, escritura y conocimientos generales; pero hay que tener en cuenta que, con el fin de que el colegial no faltara a las clases, el Jefe de la Unidad tenía ordenado que destinos y servicios se subordinaran a éstas y únicamente en caso muy extraordinario podía justificarse la falta a la Escuela.

Además del especial interés que este bondadoso patriótico Jefe tenía por los analfabetos, no descuidaba la cultura de los demás soldados, y organizaba ciclos de conferencias por los Oficiales del Regimiento, ya de temas militares, ora de materias sanitarias o bien de cultura general, cuya extensión era fijada en quince minutos como mínimo.

LUIS LÓPEZ DE CASTRO



LA CATASTROFE FINANCIERA DE LOS TULIPANES

SI a ustedes les dicen que un hombre se ha arruinado por culpa de una mujer, por la campaña de sus enemigos o por las deudas contraídas, no se extrañarán. Un dicho que no es francés, ni español, ni ruso, sino universal por su fuerza expresiva, afirma que todo caballero que se estime en serlo no puede librarse de estas tres catástrofes: mujeres, enemigos y deudas. Probablemente coincidirán ustedes conmigo en que son las únicas formas razonables de arruinarse. Pero si a ustedes se acerca un amigo y de sopetón les espeta que Fulanito de Tal se ha arruinado por culpa de una delicada e inocente flor, le tomarán por loco o por un desvergonzado que pretende reírse a su costa. Y no digo, por el respeto que el lector siempre merece, los epítetos que se oírían, si les asegura que un país próspero, trabajador e inteligente se ve sumido en la miseria por su pasión por una flor de seis pétalos de colores, conocida por el nombre de tulipán. Y, sin embargo, por increíble que parezca, el hecho ha ocurrido.

Fué en Holanda, y durante los años de 1634 a 1637, cuando las costumbres rudas e ingenuas de este pueblo fornido, con colores de manzana y de hábitos infantiles, fueron modificándose por la influencia de la dominación española. Aquellos soldados alegres del Sur de Europa enseñaron a esos hombres de maneras bruscas y ademanes sencillos que en la vida existía un sentimiento, un algo para ellos desconocido que brotaba de lo profundo del alma. Entonces aprendieron a admirar la belleza y se hicieron fanáticos seguidores de sus encantos.

Y la inocente afición se convirtió, por avaricia de los hombres, en trágica pasión. El tulipán era la inocente y candorosa fiebre que consumía a familias enteras, sin respetar a ninguna clase social. El campesino especulaba con el cultivo de la flor, y el comerciante, con exagerada codicia, duplicaba y triplicaba su valor de origen antes de que llegase a las manos de la nobleza.

Amsterdam, Utrecht, Rotterdam, Almaarm, Leyden y Vianen eran los principales mercados del tulipán. Los bulbos llegaban a alcanzar la fabulosa suma de 2.000 y 2.500 florines, y en 1637 subió hasta los 10.000. La despreocupada admiración constituía una terrible locura. Familias enteras hipotecaban todas sus riquezas para poder poseer un insignificante bulbo. Cifras enormes y fantásticas circulaban por los mercados de los tulipanes, y fué en esta época cuando vinieron al mundo las primeras jugadas fraudulentas de la Bolsa.

La catástrofe se hizo inevitable y definitiva en 1637. Bruscamente perdieron los tulipanes todo su valor. El pánico corrió rápidamente por el país, y en numerosos hogares apareció la ruina. Los bulbos ya no tenían ningún valor, y lo que poco antes se cotizaba en exorbitantes cantidades, yacía despreciado merced a la pasión irrefrenable del hombre que intentó comerciar con una expresión del alma.

Es conveniente traer esta clase de recuerdos que, por desgracia, tienen algo de común con la fiebre estraperlista de nuestros días, que devora por igual al rico y al pobre, al noble y al humilde.

ANTONIO GULLÓN WALKER